

*El próximo 18 de mayo
LOU BENNETT celebrará sus pri-
meros setenta años de
existencia en este planeta.*

*CUADERNOS DE JAZZ
ha querido celebrarlo tanto como
puede desear hacerlo la
comunidad jazzística nacional.
Para todos nosotros, LOU ha
sido un instructor, un revelador,
un fiel mensajero de la verdad del
blues y del jazz. LOU BENNETT
ha conformado nuestra
experiencia, en cualquier club y en
cualquier ciudad de España y así
hemos querido reflejarlo en estas
páginas de
homenaje al
jazzman histórico
entre nosotros.*

*Por ello,
testimonios de
músicos y de la
sucesión de gene-
raciones de
aficionados,
críticos y
programadores
musicales de Madrid, Barcelona,
Valencia, Barcelona, Salamanca,
Valladolid y Huesca.
Y a raíz de los testimonios que
hemos recibido, no se puede
dudar ya que el doctor BENNETT
ha ejercido un verdadero magiste-
rio entre nosotros. Mientras
oficialmente se le sigue
desconociendo (son unas decenas
los jazzmen americanos
condecorados con la Legión de
Honor francesa), los del jazz bien
podemos dar la medalla de Oro de
nuestras Bellas Artes al maes-
tro LOU BENNETT.*

LOU BENNETT 70 ANIVERSARIO

Fotografía: Carmen Gallego



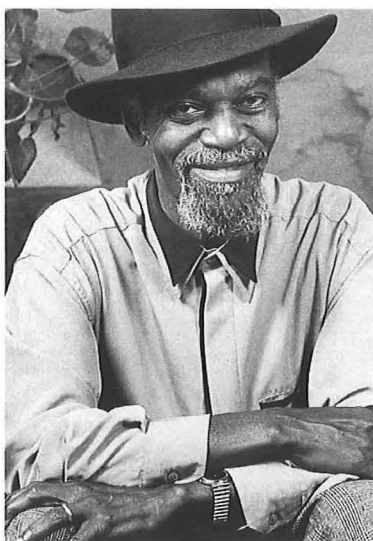
¿NO CONOCES A LOU BENNETT?

Juan Claudio Cifuentes

Esta es una pregunta que se hace cada vez más rara en nuestros ambientes jazzísticos nacionales y sólo ya se entiende formulada al típico neófito que, lógicamente, acaba de aterrizar... Y es que, más de treinta años paseando su música por nuestra Piel de Toro, son muchos años como para que aparezca ahora alguno de nuestros aficionados al jazz confesando que todavía no se ha sentado en algún club, o auditorio, a escuchar esos inconfundibles sonidos creados por la (para muchos de nosotros) más que familiar figura de este hombre enjuto, con su legendaria barba de faquir y que, los ojos cerrados, va tarareando la melodía que, simultáneamente, sus dedos están desarrollando en el doble teclado de su órgano electrónico.

Antes hemos dicho “inconfundibles” y es así porque hace años que los instrumentos que Lou Bennett utiliza dejaron de sonar como lo habían previsto sus fabricantes, o mejor dicho: empezaron a sonar como estos no lo habían imaginado... En efecto Lou –que parece haber nacido dentro de un condensador y sabe tanto de circuitos impresos, cables, relés y bobinas como de blues, estándares y swing– desde los tiempos de su viejo Hammond B-3, no ha cesado de incorporar mejoras técnicas (inventadas por él) a sus teclados y pedaleros, consiguiendo que, según los temas y la atmósfera que quiere darles a cada uno, se oigan vibráfonos, flautas, violines, pianos, trompetas, etc... o que de ese “diabólico” (como lo hemos llamado siempre) pie izquierdo suene, con el mismo *beat* imperturbable y arrollador, el bajo de un Ray Brown o de un Ron Carter.

La cosa llegó al punto en que, corriendo el año 1978, Lou acabó diseñando su propio modelo de órgano: la *Bennett Machine*, en la que incorporó todos los descubrimientos e innovaciones que había ido desarrollando a lo largo de años de experimentación. Pero el gran público siempre había basado exclusivamente en sus *performances* musicales –y no en sus inventos– sus aplausos para él y es evidente que, aquellos de nosotros que estábamos al tanto de la creación de aquél complicado y sofisticado nuevo instrumento, no caímos en la cuenta de que Lou, consciente (de pleno derecho) de su buena reputación como jazzman, llegó a echar también de menos, en cierto modo, algún tipo de reconocimiento por sus aportaciones tecnológicas a la causa del buen *organ jazz*...



En 1988, una vez más, nuestro entrañable Art Blakey nos visitó con sus enésimos y siempre excelentes Jazz Messengers de turno (Philip Harper, Javon Jackson, Robin Eubanks, Benny Green, Peter Washington). Después del concierto, un servidor se dirigió a camerinos para, como de costumbre, saludar y charlar un rato con aquel gigante de la Historia del Jazz del que era todo un honor ser amigo.

“¿Adónde va usted?, aquí no se puede pasar...”, me dijo, con fuerte acento de Brooklyn, un joven *road manager* de melena y bigote que bloqueaba la puerta y que, dos segundos más tarde, se había callado y me miraba, entre molesto e intrigado, mientras Blakey, que le había apartado de un manotazo, me daba uno de esos abrazos de *grizzly* que te levantan del suelo.

Durante los minutos siguientes la conversación discurrió por los cauces normales: “¿Cómo está tu familia?... ¿Y la tuya?... Enséñame las fotos... etc...”, hasta que Art me preguntó: “¿Y qué se cuece por aquí?”, en evidente referencia al jazz que podía haber en aquel momento por nuestras latitudes. Le hice un somero informe de la situación y fui enumerando nombres: “Fulano, Tete Montoliu, Mengano, Lou Bennett...”. Entonces Blakey saltó: “¡Lou Bennett!, ¡Viejo bandido!...”. Se volvió hacia el *roadie* (¿se llamaba O’Connell, Bonnasera o Schvenngenbaum?...) y le hizo la pregunta del millón: “¿No conoces a Lou Bennett?...”

Estaba claro que aquel menda no había oído hablar de Lou en su vida (seguramente no había nacido todavía cuando nuestro hombre emigró a Europa) y su cara no dejaba dudas al respecto. Entonces Art, con gesto y tono de “*más-vale-que-tomes-nota-de-lo-que-te-voy-a-decir-chaval*”, sentenció: “Lou Bennett es uno de los mejores (*) organistas de la Historia del Jazz, pero también es uno de los mejores (*) ingenieros electrónicos

que he conocido en mi vida...”

Obviamente no tengo palabras para describir como se puso Lou de ancho cuando, unos días más tarde, le conté esta anécdota. No cabía por la puerta al salir del club aquella noche...

Blakey le había hecho justicia y pensé que lo menos que, como testigo de excepción, podía hacer, en cuanto se presentase la oportunidad algún día (tal como hoy), era contárselo a todos. Misión cumplida. ■

Nota:

(*) Léase: “*one of the goddamn best*” y “*one of the fuckin’ best*”, respectivamente, dentro del más puro estilo verbal e inconfundible tono de voz blakeyano...

“NO HAY PROBLEMAS”...

Pedro Iturralde

Después de mi primera temporada en el antiguo Whisky Jazz Club de la calle Marqués de Villamagna, y puesto que el club se cerraba durante el verano, acepté un contrato para Atenas. Fui a Barcelona para tomar un barco y allí oí a Lou Bennett que estaba actuando en el Jamboree. Me encantó su música y su personalidad y aunque no tuve la oportunidad de hablar con él, me comuniqué con Jean Pierre Bourbon (creador del Whisky Jazz) para urgirle a que contratase a Lou para la próxima temporada en nuestro club.

Desde entonces hemos trabajado juntos en muchas ocasiones; en clubes, conciertos y TVE, en Madrid y Barcelona. Recuerdo que el primer concierto de jazz en el Auditorio Manuel de Falla en la Alhambra lo hicimos juntos. Como dato curioso, también estábamos juntos en el Whisky Jazz Club de Marqués de Villamagna cuando éste se cerró y *nos mudamos* a Diego de León (antiguo Bourbon Street). Era el invierno de 1971. En la portada del programa en el que se anunciaba el cambio de local imprimimos un dibujo con Lou tirando de su órgano.

En los dos últimos años hemos tocado juntos en Segundo Jazz y Clamores (Madrid) y debo decir que me encanta tocar con Lou por su sensibilidad y buen gusto musical, así como por sus cualidades humanas y por su filosofía de la vida. Siempre recuerdo su constante: “no hay problemas, hay soluciones”. Para mí siempre resulta gratificante trabajar con Lou y espero seguir haciéndolo. ■

MEETING MR. BENNETT

Ebbe Traber

Gran jefe de una tribu imposible, rara avis de la jaula nocturna que es nuestra zona libre.

Con sus silenciosas maneras, su voz suave, llena de discreta autoridad, su mirada fija e inescrutable nos enseña cómo los forasteros debemos movernos entre la gente de aquí sin titubear y sin molestar.

Dicen que su verdadero nombre es Jean-Louis Benoit. Preferimos llamarle simplemente Lou Bennett que suena aún mejor.



Suele entonar *'Round Midnight* con puntualidad, es decir en el mismo instante en que empezamos a despertar de la agotadora rutina diaria para vivir a nuestro aire.

Y sus pies parecen de seda bailando sobre los pedales, sus manos de acero flexible volando por encima de las teclas orgánicas.

Tan esférico hombre forma por sí solo una milagrosa banda en miniatura. Nació una semana antes que Miles Davis y casi ocho años antes que Shirley Scott, que también es de Filadelfia, Pensilvania. Llevaba exactamente 17.760 horas y unos pocos minutos de vuelo cuando Louis Armstrong grabó su *West End Blues*.

Eso para situarle correctamente, no en el tiempo ni en el espacio que apenas existen a estas alturas sino en la historia, donde ocupa una página que se puede tener por modesta siendo, sin embargo, como todos sabemos, de pura gloria.

A este impresionante cosmopolita, afincado a las orillas del Mediterráneo y, al mismo tiempo, en el corazón de Madrid –y en el nuestro–, saludamos como el maestro y amigo que ha sido y será siempre. ■

INSTANTANEAS VALENCIANAS

Federico García Herráiz

Aunque desde finales de los sesenta he escuchado a Lou en Madrid y en los más variopintos confines (experiencia compartida con muchos; no en vano nuestro organista lleva la friolera de siete lustros propagando el jazz por la geografía española), reseñaré sólo algunos hitos de sus estancias valencianas. Su primera visita se remonta a octubre de 1973, en el desaparecido local de la sociedad cultural Studio. Vino con su viejo Hammond de madera –que increíblemente conseguía meter en su coche– y con el batería Al Jones, que era su acompañante habitual durante esos años. Pero su relación era mucho más profunda y resalta la calidad humana de Lou Bennett. Al Jones (1930-76?) adquirió notoriedad cuando acompañó a Dizzy Gillespie entre 1951 y 1953, participando en las grabaciones Dee Gee y en el concierto de París de 1953 grabado por Vogue. También había formado parte de la orquesta de Lionel Hampton y del cuarteto de Milt Jackson (antes de su conversión en el Modern Jazz Quartet) y acompañado

a cantantes de la talla de Dinah Washington y Sarah Vaughan. Se estableció en Bélgica desde 1962. Pero sufría un grave problema de alcoholismo y Lou Bennett se hizo cargo de él –los dos habían nacido en Filadelfia–, no dejándole beber, hasta su muerte en la casa de Cambrils.

Ambos volvieron, en diciembre de 1974, para una serie de recitales en la susodicha sociedad (que había sufrido un año antes la grotesca prohibición de un concierto de Johnny Griffin y Tete Montoliu por el gobernador civil franquista Oltra Moltó), esta vez en compañía de René Thomas. El gran guitarrista belga no se presentó el primer día, pues por despiste había perdido el avión que lo conducía a Valencia. Quince días después, en Santander, falleció de una crisis cardíaca, a los 47 años (1). Para los aficionados que tuvimos la suerte de presenciarlos, constituyen un recuerdo imborrable las largas improvisaciones, repletas de lirismo, calidez tímbrica y admirable sentido de la construcción melódica de Thomas. Al parecer, mantenía discusiones amistosas con Lou y le decía: “Tú eres un funcionario del jazz, yo soy un artista” (2).

René Thomas era uno de los más subestimados e interesantes discípulos de Jimmy Raney, cuyo estilo fue divulgado en Francia desde principios de los cincuenta por un compatriota suyo expatriado: el guitarrista Jimmy Gourley. En enero de 1980 Lou Bennett se presentaba en el Teatre Valencia en compañía de Gourley y bajo el liderazgo de Kenny Clarke (visita que se repitió cuatro años más tarde). Y, aunque el padre de la moderna percusión se encontraba bajo las secuelas de un grave infarto acaecido en 1977, el magisterio con que exponía los temas y la sólida arquitectura de su acompañamiento seguían brillando intensamente (3). Un trío magníficamente compenetrado. Al fin y al cabo, ésa fue la fórmula y los compañeros con quienes Lou labró su fama, desde que desembarcó en Francia en 1960 y grabó *Amen* (con el añadido del contrabajo de Jean Marie Ingrand) –su disco más impactante y que popularizó el órgano en buena parte de Europa– o su actuación en el Festival de Koblenz de 1963, parcialmente recogida en el disco *Impulse! Americans in Europe, vol. 1*, por suerte editado en su momento en España, con una excelente versión del *No Smokin'* de Horace Silver, un tema que suele figurar en el repertorio de Bennett junto a *Sister Sadie*, *Jubilation* o *So What*.

Estas son las más inolvidables ocasiones. Hubo muchas otras, especialmente en los clubes valencianos Tres Tristes Tigres y Perdido, en el Teatro Principal (1977, con Christian Escoudé) o por otras poblaciones. Una de las veces que mejor lo pasamos fue en la Nochebuena de 1982. Tras su actuación, acabamos de madrugada en la casa que una amiga había alquilado a un antiguo cura. El lugar estaba repleto de patenas, cálices y toda suerte de imaginaria religiosa y Lou estaba perplejo. Cuando le explicamos que el individuo había dejado los hábitos y vivía con una mujer, exclamó aliviado: “Este cura se ha curado: ha ido del Monte de Cristo al Monte de Venus”. ¿Un funcionario? No creo que pueda serlo un hombre que confiesa soñar, cuando interpreta *Lil Darlin'*, con reproducir en su órgano a la orquesta de Basie entera. ■

NOTAS

(1) El apreciado Cifu no conocía estas actuaciones cuando hizo las notas del disco de Lou *I Remember René* (edición española en Movieplay del original Barclay *Meeting Mister Thomas*, 1963). Complementario en fechas de grabación y con idéntica formación es *Lou Bennett: Jazz Session*, editado aquí por RCA.

(2) Según recoge Antonio Vergara en *Mi memoria particular del jazz en Valencia*, en el programa del III Festival Internacional de Jazz de Valencia, noviembre 1982. A finales de los cincuenta, Sonny Rollins consideraba a Thomas su guitarrista favorito.

(3) Gracias a la amabilidad y buenos oficios de Lou, A. Vergara y un servidor pudimos hablar extensamente con Klook, entrevista que apareció en *Cartelera Turia* y –solamente a nombre del primero– en *Jazz Revista*, n° 1, octubre de 1980 (el único que se publicó aparte del cero, un precedente de *Quártica Jazz*).

LOU BENNETT Y EL FUNKY DE LA PLAZA REAL

Enric Vázquez

Conversando con el escritor catalán Josep María Espinás sobre la legendaria época del club Jamboree, me decía “Aquello cogió un nuevo impulso cuando llegó Lou Bennett”. En efecto, sin saberlo y acaso aún hoy no lo haya comprendido, Lou en su debut barcelonés del 62 y con su larga estancia en la Plaza Real, contribuyó en gran manera no sólo a la estabilización del club, sino que además abrió las orejas de muchos neófitos a la ola funky y por extensión al bop y al jazz moderno.

El número de iniciados que consumía los LP's de Wynton Kelly y Horace Silver era aún modesto y el club tenía un público variopinto, en el que alternaban con ellos, curiosos, beatniks de ocasión, niñas de S.



Gervasio a la salida del Teatro del Liceo, putas y marineros de la Navy. El sabor a tierra, iglesia, blues y bop y el exotismo del personaje trajeron a más intelectuales y gente ávida de jazz moderno. Bennett, René Thomas y el mejor grupo que nunca tuvo Tete Montoliu impregnaron la cava y crearon una sólida afición que llenó noche tras noche, hasta el cierre en 1967, el único club español conocido en toda Europa y que aún hoy sale en las enciclopedias de jazz francesas y alemanas. No eran

conciertos de dos sesiones, eran semanas, tres *sets* por noche seis días a la semana, esa era y sigue siendo la fórmula infalible para crear un público de calidad.

Lou venía precedido por la excelente campaña de lanzamiento europeo de la revista parisina *Jazz Magazine*. La revista tenía un centenar de lectores asiduos en Cataluña, pero para un núcleo de aguerridos defensores del bop era la única fuente de salud musical, era lo único que se encontraba en algunos quioscos estratégicos y por tanto tenía absoluta credibilidad. Se libraba una de las anacrónicas batallas contra los reaccionarios de Panassié. En Barcelona se libró la póstuma, porque aquí los soldados del Papa de Montauban tenían la influencia, el mínimo poder local necesario y sobre todo tenían la edad.

El disco de Lou, *Amen*, se vendió como rosquillas en Aixelá, Vidosá, Majestic o Lázaro, y el funky fue pronto sinónimo de jazz moderno. El feeling de Lou nos echó una mano definitiva y nosotros (los de Jamboree) y una nueva afición soñó estar en Filadelfia y Detroit.

Lou ha quedado, para una generación, como el hombre de Jamboree. Su última actuación en la vieja versión del club fue en mayo de 1967, con el guitarrista André Condouant y el sensacional Billy Brooks. Provocaron llenos y colas, admiración y artículos de palmo en el inmenso e inabarcable *TeleExpres*. Un periodista afín a la casa escribió: “Lou Bennett es el mismo, con sus calcetines granates, el mismo peinado, fuma los mismos pitillos... toca la misma música”. Era la mejor llamada. En otra página aparecía una foto de Lou con el siguiente pie en inglés (!), “Here we may see the unmatched Lou Bennett”. Así lo recordamos. ■

SU PIE IZQUIERDO

José M.^a García Martínez

Cuando uno llegó al jazz, el jazz no estaba para gollerías. Estaban los cuatro de siempre que tocaban en los mismos lugares; en el colegio San Juan Evangelista una vez al mes, Tete una vez al año, los grupos checoslovacos de dixie y los polacos, de fusión. Luego estaba Lou, que aunque también era un *habitué*, se le consideraba como un *extra*, porque era/es negro.

En general, a Lou se le podía escuchar en dos sitios: en el San Juan y en el Whisky Jazz de Marqués de Villamagna, una pasada, a 500 ptas. la consumición, o sea, que no se le podía escuchar allí. En el San Juan, tocaba con el estupendo Al Jones a la batería.

Como los grandes, Lou venía con su leyenda auestas; en su caso el órgano que había que desmontar y llevarlo del Whisky al *Johnny*, que es donde, ya digo, los no pudientes le escuchábamos. Aquel órgano era un *totus revolutum* de hierros y cables, un ventilador enigmático y cuatro tableros de aglomerado, con tendencia el bicho a desvanecerse del lado del intérprete. Aquello se veía a punto de venirse abajo, cosa que nunca ocurrió, al menos que yo sepa. Lo notable es que Lou sacaba un sonido como remoto de aquello con algo de místico que le hacía elevar la mirada al infinito; y luego estaba el asunto del pedal, había que estar muy atento al pie izquierdo porque ahí estaba el intrínquilis; pero eso sólo lo sabíamos los iniciados. Con los años, Lou cambió de instrumento pero sigue tocando *Amen* con aire ensimismado y ojos en blanco bajo el ala del sombrero.

Me pregunto si le hemos agradecido, a él y a otros como él, el haber arrojado un poco de luz sobre nuestra miserable existencia en aquellos días no tan lejanos de aficionados en el país más triste del mundo; el seguir ahí, a nuestra disposición, cada vez que recorremos la noche de cualquier ciudad. Aunque no fuera más que por habernos enseñado el significado mágico de una palabra: jazz. ¡Viva Lou Bennett! ■

KEEP ON SWINGING LOU

Carlos González

Lou Bennett... uff!! me unen a él alrededor de diez años de colaboración habitual encima de los escenarios y, posiblemente, cinco más como uno de sus más fieles parroquianos allá donde actuase en Madrid.

¿Quién me iba a decir a mí en aquellos tiempos que años más tarde tendría el privilegio de acompañarle durante tantas y tantas noches?

Para mí Lou ha sido –y es– un maestro. Aunque sé que a él ese calificativo no le gusta nada pues lo reserva para los Powell, Monk, *Bird*, *Klook*..., insisto, para mí, lo ha sido.

Una de sus primeras lecciones la recibí la primera noche que actué con él. Aquella noche me encontraba tan nervioso que al principio no sé si di una a derechas, pero el sagaz organista me tranquilizó de forma magistral cuando al finalizar el primer set me dijo que se notaba que había escuchado a Billy Brooks. Aquella frase era un sutil cumplido que supuso una valiosísima inyección de confianza en mí mismo pero –de hecho– las enseñanzas no finalizaron allí.

Creo que uno de los puntos fuertes de Lou es el swing con que impregna todo lo que toca y ahí viene –posiblemente– lo más importante que he aprendido de él, es decir, si he asimilado un cincuenta por ciento del swing de Mr. Bennett, me doy por contento porque eso ya es mucho.

En varias ocasiones y en una de las innumerables charlas sobre músicos que a lo largo de los años hemos tenido, él mismo me decía que Kenny Clarke solía llamarle “bluesician”. Bravo *Klook*, me parece que diste en el clavo. Creo que no he tocado con nadie que se exprese mejor en este *palo* que Lou y puedo asegurar que almaceno en mi memoria tres espectaculísimas noches en las que Lou se pasó de rosca tocando blues. ¿Pueden imaginar la sensación que se experimenta cuando se está tocando con la carne de gallina porque el artista que tienes a tu lado está diciendo de verdad? No hay mejor recompensa en el mundo.

No me gusta caer en tópicos pero, ¿cómo no mencionar a *Lefty Foot*? No hay nadie –al menos conocido– que ejecute los bajos del órgano como Lou. Es escalofriante observar los ágiles movimientos de su pierna (pie) izquierda sobre el teclado inferior de su órgano con esa endiablada técnica punta/tacón que, después de años, me sigue dejando con la boca abierta. El mejor piropeo al pie izquierdo de Lou es el que le otorgó el bajista Ray Brown después de verle actuar una noche en el Blue Note de París. El superlativo bajista dijo algo así como: “Eh, a Lou habría que amputarle su pierna izquierda, es muy peligrosa”.

Pero, y aquí me gustaría hacer hincapié, no nos olvidemos del pie derecho, es decir, el que controla el pedal de expresión. Su participación en el fraseo de Lou es activísima y gracias a él no existen dos notas en su discurso con la misma intención, llamándose a eso tocar música de veras.

Los detalles sobre su profesionalidad han sido numerosísimos (su lema: “Business before pleasure”) y no menos sustanciosas son sus charlas sobre tiempos pasados donde entre anécdota y anécdota surgen media docena de chistes picantes en los que no se sabe si es más gracioso el chiste en sí o la forma de narrarlo en el más puro *Loubinsky* (su personal mez-

cla de inglés, francés y castellano a la que he bautizado con ese nombre). Hablando de bautizos, es Lou quien me otorgó el seudónimo de *Sir Charles* y no puedo sino estar agradecido por tal nombramiento y, por supuesto, agradecido también porque junto al Sr. Bennett he estado encima de escenarios junto a músicos de la categoría de Clifford Jordan, Frank Lacy, Eric Barrett, Pony Poindexter, Sean Levitt y un largo etcétera.

En definitiva, creo que lo más importante de todo es que con Mr. Bennett (y el buen hacer de los colegas habituales del trío, Abdu Salim o Chema Saiz) he subido a la estratosfera gracias a la fuerza de su música y eso lo justifica todo.

Keep On Swinging, Lou!! ■

LOS CALCETINES DE LOU

José Manuel Gómez

Recuerdo cómo, cuándo y dónde me aficioné al jazz (y tres o cuatro cosas más). Fue en 1977, en el *Johnny*, un año en el que sonaban los Sex Pistols y Veneno en Onda 2 y yo me compraba los discos de Charlie Parker y Dizzy a doscientas pesetas. Para mí la historia del jazz era un mundo por descubrir y los conciertos del San Juan una ocasión para *flipar*; no lo tenía muy difícil, vivía en el tercer piso de ese colegio mayor y las actuaciones me parecían más interesantes que las clases de la facultad.

En aquellos conciertos no aparecía la crítica, ni periodistas, ni cámaras de televisión. La parroquia se instalaba en los huecos y aplaudía con la misma naturalidad con la que se liaban sustancias morunas:

–Va tocar una de Miles Davis. ¿Os enteráis? mai-les dei-vis.

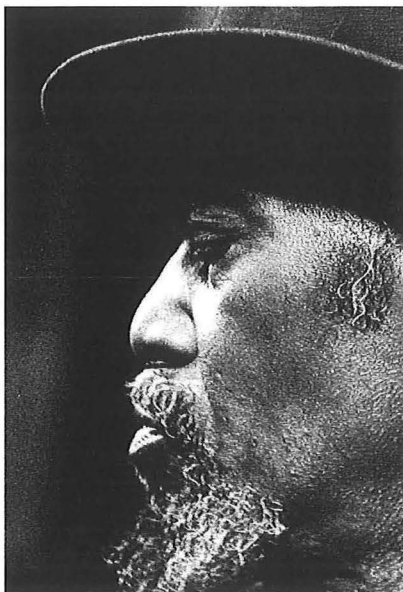
El menda que manejaba la china sabía de qué iba el rollo y la peña asentía mientras le tendían el rubio, el *bolleré* y medio billete de metro perfectamente cilíndrico en una armónica acción absolutamente ensayada.

El día que apareció Lou Bennett estaba en el gallinero y tuve la desgracia de sentarme al lado de un listillo que había ido a hacer chistes delante de unas chicas. El concierto tardó tanto en arrancar como el artillero en

el que aparecía subido el organista. Ese día no había mucha gente y hui hasta el patio de butacas para ver mejor y ahorrarme al memo. La cosa no tenía desperdicio, el cachibache se remataba con un ventilador de ignota función y los pies del músico se movían con precisión sobre unas palancas que emitían los sonidos de un contrabajo.

Nunca llegué a saber cómo llegó Lou Bennett a Madrid, ni cuál era el secreto de su invento. Cada vez que escuchaba a Jimmy Smith veía a Lou retorciéndose sobre el órgano. Cuando llegaron jóvenes con flequillo que hablaban del sonido Hammond y del tamaño del *leslie* siempre les miré a los pies y jamás encontré el *groove* y la entrega de Lou.

Bennett es uno de esos artistas al que siempre te apetece ver, aunque ya no lleve ese invento imaginado por Julio Verne y diseñado por el profesor Frantz de Copenhage del *TBO*. Por mi parte he de confesar que siempre me ha resultado difícil mirar a los ojos de un músico al que has comenzado a admirar desde sus calcetines. ■



UN CASO DE RUTINA

Mario Benso

Informe: Samuel Espada, detective nº 36 HQ1

Asunto: Lou Bennett, norteamericano, músico de jazz.

Destinatario: J. de C., oficina central, Servicio de Inteligencia.

Cobertura Temporal: 1988-96.

Calificación: Alta reserva.

A mediados de la pasada década, fui asignado por el módulo 2 del Servicio de Inteligencia para el seguimiento del súbdito norteamericano residente en España Lou Bennett. Lo que sigue es un informe sucinto de lo acaecido durante los varios contactos realizados –todos ellos en el escenario de locales de escaso aforo, mucho humo y público entusiasta–, y en el transcurso de los cuales este agente no observó en ningún momento conducta alguna sospechosa por parte del individuo investigado.

Otoño, 1988. Primer contacto en pequeño club o local de Salamanca, nombre no recuerdo, regentado por hombre amable sorprendente parecido Pierre Nodoyuna. Descripción Bennett: tipo mayor pero edad indefinida, negro (mucho), perilla y sombrero, delgado y de honda mirada fija en el horizonte. Apenas sonríe y en ocasiones parece respirar con dificultad. Toca el órgano (nada que ver con el que regalé a Alvarito por su Comunidad) acompañado al saxo por otro tipo negro, muy alto, de gafas oscuras y aspecto inquietante, al que he visto tocarse con pañuelo árabe. Posible agitador islámico, informe negativo: sólo saxofonista.

Olvidaba: también blanco en grupo. Toca los tambores.

Definitivo: sujeto Bennett me recuerda a alguien: Abuelo bantú, baraja de familias. No incluyo este aspecto en informe parcial, pero incorpore ahora por si detalle de interés.

Primavera, 1989: Nuevo contacto club Valladolid. Bennett conduce automóvil zarrapastroso azulado increíble, del que extrae multitud de cacharros imposibles que luego monta muy despacio. Aparato resultante produce de vez en cuando extraños ruidos pero no estalla. Busco con disimulo un transmisor: negativo. Concierto con lleno total. Tipo al lado dice: “Aquí hay *pleibac*: se escucha a un bajista que no existe.” Como no entiendo qué es *pleibac*, me entretengo observando a Abuelo bantú (B, en adelante), zapatear sobre unos palos bajo el órgano; inútil: el zapateado no se escucha. Pero sintomático: tipo nervioso, no aguanta los pies.

Mayo, 1993. Tras varios contactos sin novedad reseñable, de nuevo Valladolid, club grande nombre olvidado, algo patriótico, creo. Toca B con guitarrista con cara de Bugs Bunny y batería de nombre musulmán, algo como Mohammed; desconfío de éste, pero tras varios orujos resulta inofensivo. Capto conversación B con varios jóvenes en barra: aproximado, posible asunto de interés. Agente 32 JL2, en asistencia, me asegura: “No te molestes. Cuenta chistes de catalanes.” Pujol no implicado.

Informe especial: parece ser cumpleaños de B. Le regalan flores y un libro. Por vez primera, le veo sonreír abiertamente. Bella sonrisa, por cierto.

Primavera, 1995. Contacto a través agente Alain A. II, de Francia. B ha tenido problemas con coche azul, posible robo órgano. Última referencia hasta la fecha.

Esta mañana he sido llamado por Jefe de Módulo para ser relevado del caso. Invasión por la curiosidad, inquiero motivo vigilancia B. Contesto jefe:

–¿Que por qué le vigilamos? Es músico de jazz, tiene talento y es negro: ¿le parecen pocos motivos, Espada?

No respondiendo. Abandono oficina cabizbajo, recordándome que nunca

debo cuestionar decisiones de superiores. Regreso a casa y fijo la mirada en órgano eléctrico Alvarito. Dedos tantean teclas: ¿Cómo se llamaba aquella canción? ¿*Lil Darlin*, tal vez? ■

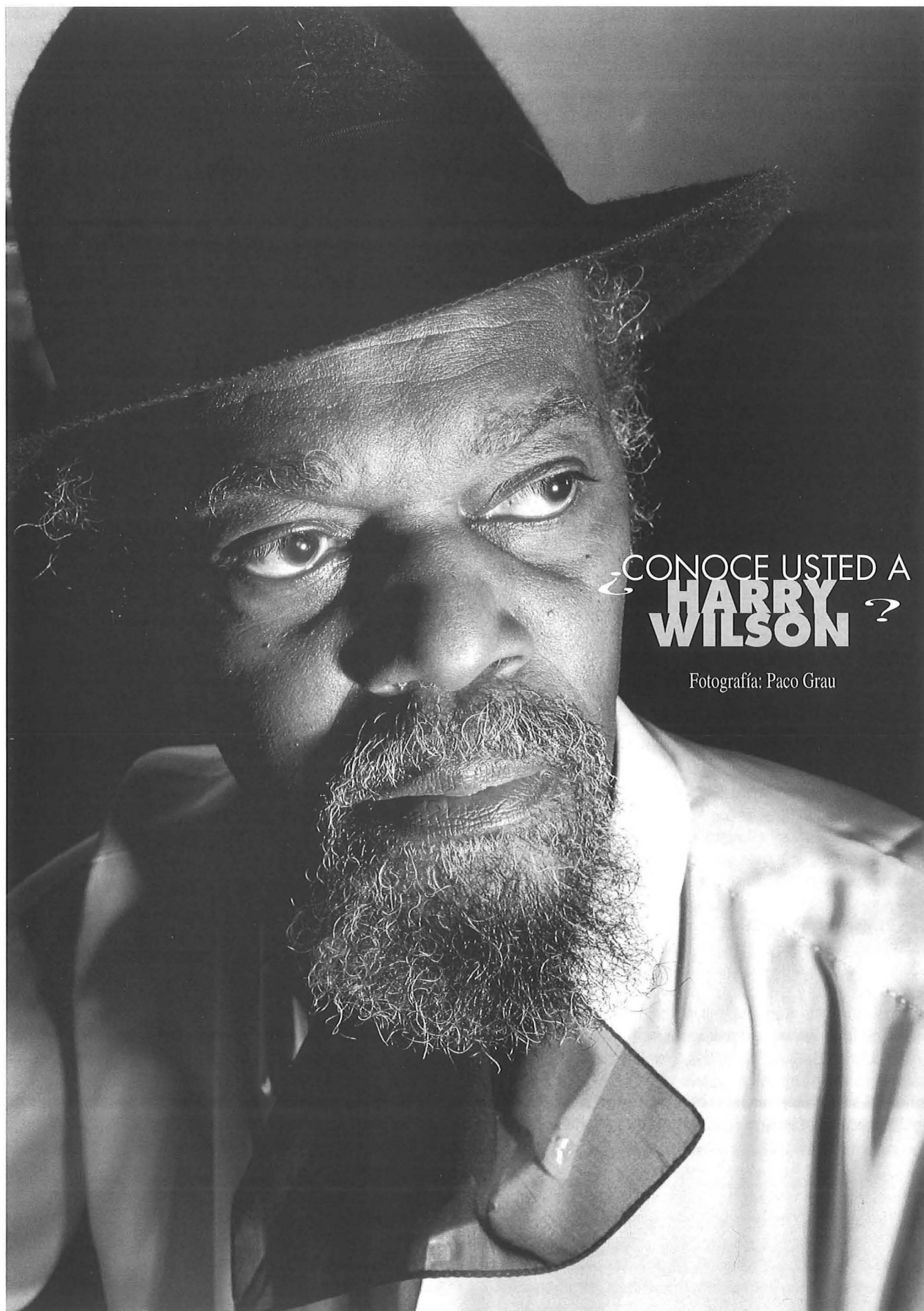
UN AMIGO DE TODA LA VIDA

Juan José González - José Luis Salinas

Lou Bennett parece haber estado con nosotros desde siempre. Tan familiar nos ha llegado a ser que no nos sorprende encontrarnos en el club de cualquier rincón de provincias, o en el mejor teatro de la ciudad. Sea cual fuere el escenario algo llama la atención: el respeto con el que se le escucha. Su presencia se impone, tal vez no tanto por el voluminoso sonido de su órgano como por su personal manera de expresarse; o, lo que es lo mismo, de relacionarse con el público a través de su música y sus gestos. Evoquémoslo entregado a un solo de pedal, llevándose las manos a los oídos como tratando de ir rescatando de algún lugar inconcreto las inaudibles notas que irán trazando la línea melódica de su improvisación. Su figura menuda se agiganta, crece con la música, y el final siempre es el mismo: el entusiasmo que de pronto estalla entre quienes comparten, desde sus asientos, el esfuerzo del organista. Pero a Lou le debemos algo más: el tutelaje que durante tantos años ha ejercido sobre los jóvenes acompañantes con los que le gusta tocar. Un magisterio practicado desde el codo a codo del compañerismo, en el día a día y en el concierto a concierto, que pone en reiterada evidencia que las barreras de la edad, de la raza

o de la procedencia no dejan de ser fronteras impuestas por aduaneros interesados. Probablemente, en su sencillez, Lou no desee el tratamiento de figura, ni de maestro, ni de nada que se le parezca. Pero nosotros no hemos resistido la tentación de dárselo. Por ello, no hace mucho, en uno de esos reencontrados en cualquier lugar, al descubrirlo en la penumbra de un concierto a punto de comenzar y al que asistía como espectador, nos dijimos en voz suficientemente alta como para que pudiera oírnos: “Mira, Sir Roland Hanna”. Lou se identificó de inmediato: “Os habéis confundido, soy Lou Bennett”. En un ejercicio de imaginación que tal vez pudo parecerle surrealista, uno de nosotros contestó: “Lo sabemos, pero era el modo de darte el tratamiento de Sir”. Gracias, Sir Lou Bennett, por tu música y tus acciones. ■





¿CONOCE USTED A
**HARRY
WILSON** ?

Fotografía: Paco Grau

Harry Wilson es una de esas leyendas del jazz que corren boca a boca sin necesidad de ocupar grandes titulares. Nacido en Filadelfia en 1922, decidió hacerse músico después de escuchar casualmente a Louis Armstrong en 1930. Su primer instrumento fue el piano, pero años más tarde, instalado en Nueva York, lo cambió por el órgano a instancias de Count Basie. Su estilo tiene el swing y la elegancia propios de esa escuela. En su repertorio, junto al omnipresente blues, figuran estándares de estirpe clásica como *How High The Moon*, *Georgia*, *Jitterburg Waltz* o *What's Your Story, Morning Glory?* La versión que grabó de este último se considera particularmente memorable. En los años 50, con el auge del órgano eléctrico, le llegó por fin la popularidad; su disco más famoso, *There Will Never Be Another You: The Incredible Harry Wilson* (Blue Note) data de 1958.

En 1959 emprendió una gira por Europa, pero la muerte de su batería le retuvo en París y decidió quedarse a vivir allí. Fue en París donde conoció al célebre cómico Buster Keaton, al que le unió una estrecha amistad. En 1996, con motivo de la conmemoración del XXX aniversario de la muerte de Keaton, Wilson fue invitado a Valencia para acompañar con su órgano una proyección en la Filmoteca de la película *El Maquinista de la general*. Enterado de su visita, Benito Soler, joven promesa local del saxo alto, consiguió que Wilson accediera a tocar con él.

Nada de esto ha sucedido, a menos que creamos lo que cuenta la película *Nadie como tú*, pero ciertamente suena verosímil. *Nadie como tú* es el primer largometraje del valenciano Criso Renovell, una *comedia mágica* en torno al tema de la fascinación, con guión del propio Renovell y de quien firma estas líneas. Aunque el protagonismo de la película se reparte entre unos cuantos personajes, sin duda destaca el de ese músico veterano llamado Harry Wilson (¿un cruce entre Harry "Sweets" Edison y Teddy Wilson?), interpretado por Lou Bennett, pues la llegada de Wilson a Valencia es el resorte que mueve las reacciones de casi todos los demás.

Preguntado por su personaje, Bennett afirma: "es sencillamente un músico. Se llama Wilson, pero podría llamarse Bennett, Smith o de cualquier otra forma. Es un jazzmen americano que presta su ayuda y su experiencia a un músico español. Me parece una idea muy buena, y le estoy agradecido a Criso por el personaje, ya que creo efectivamente que el jazz en España necesita la ayuda que algunos podemos proporcionarle".

Esta es la primera vez que Bennett hace un papel dramático, pero su relación con el cine es antigua. "Antes no había actuado nunca, aunque sí había puesto música a unas cuantas películas, durante los años sesenta. Dos de ellas españolas: *El momento de la verdad*, de Francesco Rosi, sobre el mundo de los toros, y *La vil seducción*, de José María Forqué. Intervine en dos más en Francia, una dirigida por André Cayatte y la otra por Louis Malle, qué pena que haya muerto. La que mejor quedó fue *La vil seducción*, porque la música era la más espontánea. Incluso se grabó un LP. Yo no soy un compositor, sino un músico de jazz".

En *Nadie como tú*, la falta de experiencia de Bennett como actor queda paliada por el hecho de que Harry Wilson es un músico de jazz, como Bennett, y de que el guión contaba ya con la posibilidad de que Bennett inter-

pretara la película, por lo que incorporó al personaje algunas de las características de Bennett, incluso su forma de vestir. A lo largo del rodaje, el organista se fue sintiendo cada vez más cómodo en su papel, y finalmente llegó a sugerir actitudes y anécdotas que se han incorporado a la película. "Interpretar no es tan complicado", ratifica Bennett; "sobre todo interpretar a un jazzman. Recordar los diálogos es más pesado, pero como dijo alguien, 'nada es difícil si se sabe cómo'. Y la verdad es que el director me ha ayudado mucho, ha aceptado mi

ritmo, que lógicamente no es el de un actor profesional. Ha sido interesante, pero creo que de todas maneras prefiero ser músico".

Acabado el trabajo, el director Criso Renovell se mostró muy satisfecho con el resultado y con la actuación de Bennett. "Esta es una película de personajes, y lógicamente Lou le da al suyo una apariencia documental que me parece muy interesante. Pero además, con su mirada o con su sonrisa es capaz de hacer que Harry Wilson resulte simpático desde su primera aparición en la pantalla".

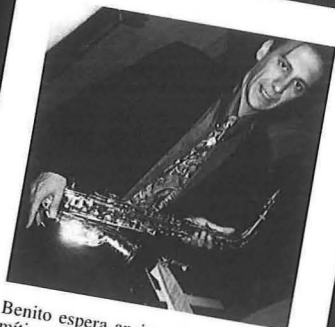
Aclaremos para terminar que *Nadie como tú* no es una película sobre jazz, aunque incluso su título es una traducción libre del estándar *There Will Never Be Another You* (Warren/Gordon), cuya melodía, literal o modificada, suena varias veces en el filme. La banda sonora, compuesta por Ramón Paus, incluye jazz, y desde luego música de órgano, pero no se detiene en el jazz. A diferencia de otras películas que abordan el tema, *Nadie como tú* no presenta al músico de jazz como un tipo marginal o atormentado, sino como un personaje de vida más o menos normal, relacionado con gente diversa, con la misma clase de preocupaciones y hábitos que los demás. Afortunadamente, al menos en Europa, hoy las cosas son así. ■

LOU BENNETT HA RODADO EN VALENCIA EL LARGOMETRAJE NADIE COMO TÚ

Jorge García



Benito, joven saxofonista, aprovecha la ayuda de su vecino Romero, gerente del hotel donde se hospedará Harry Wilson, para trasladar al club El Laberinto instrumentos y amplificadores.



Benito espera ansioso la llegada del mítico Harry Wilson, con quien debe tocar, ansiedad que también siente...



...su amiga Teresa, bailarina y gran admiradora del organista, que comparte piso con...



...Susana, una informática con mucho sentido práctico.



Cuando llega Wilson, Teresa queda fascinada por él, pues es "un músico que sale en las enciclopedias"...



...mientras Benito, un poco desplazado, empieza a conocer a Susana.



Ese mismo día, Romero recibe en el hotel a su amigo el Sr. Vidal, un mítico mano que duerme de vez en cuando en la habitación que ocupó Ava Gardner...



El hotel es lugar de encuentro de clientes pintorescos y empleados con costumbres extrañas, e incluso dicen que hay fantasmas, pero Wilson se encuentra a sus anchas.



Además de actuar junto a Benito y dejarle lleno de dudas sobre su futuro profesional...

NADIE COMO TU EN DOCE INSTANTANEAS



Harry Wilson hace amistad con la idealista Teresa, aunque en vez de hablarle de jazz prefiere recordar su entrañable relación con Buster Keaton.



Cuando Harry se despide, Teresa confiesa a Romero su decisión de marcharse de Valencia para encontrar su futuro en París o en Nueva York...



...y entre tanto Benito y Susana han iniciado una bonita amistad.

LA SABIDURIA DE LOU BENNETT

Gerardo Pérez

GRAN PA EN EL OESTE ESPAÑOL

Ricardo Carabias Martín

Recuerdo la primera vez que vi a Lou Bennett: fue en 1972 en la Universidad Autónoma. No recuerdo con tanta exactitud cuándo empezó a tocar en el Café Central pero calculo que sería en 1984 ó 1985: desde entonces he disfrutado de numerosas oportunidades de estar cerca de Lou, conversando o escuchando su música, y cuando pienso en él o me preguntan, siempre sobresale una idea: su maravillosa sabiduría y lo fácil y gratificante que es tratar con un sabio de su calibre. Este hombre sabe lo que es la vida, la música, el tiempo, el silencio, los clubes, la fama de los músicos, el público, su silencio y sus veleidades, lo que quieren los empresarios, etc., etc. (sigan ustedes combinando que me paso de líneas).

Y da gusto tratar con sabios porque su exacto conocimiento de las cosas de las que hablan les permite hablar poco y siempre sustanciosamente: una vez escuchábamos a un grupo que iba de vanguardista y elaborado: “¿Qué te parece Lou?”, “Están bien, pero no me vibran las pelotas”. Desde entonces le he copiado (siempre reconociendo su autoría) esta soberbia y sintética definición del swing. En otra ocasión era él quien tocaba y había algunas mesas distraídas y charlando, a veces ruidosamente. Alguien al terminar el pase le dijo: “¿Qué público más malo había hoy! ¿Eh, Lou?”, “No, están bien, el público malo es el que no viene”.

Pienso también en esa especie de esnobismo que padece el público (no sólo del jazz).

Desafío a quien quiera recoger el guante a buscar por el mundo y nombrar los organistas que puedan superar a Lou en el conocimiento de la música que interpretan, en intensidad, sobriedad y auténtico sentido del blues. Removerá Roma con Chicago y le sobrarán dedos de una mano. Pero, por desgracia para todos, Lou Bennett tiene el estigma del músico local (como también lo tenía Dexter Gordon en Copenhague y dicen que tiene Tete en Barcelona), que afecta a esos músicos a quienes la cercanía y la posibilidad de verles con frecuencia, hacen que el público pierda la perspectiva y le impide valorarles con justicia en toda la dimensión de su grandeza. ■

Me pide el inseparable Javier de Cambra que escriba algo sobre Lou en el merecido homenaje que le dedica esta revista.

¿Qué añadir de este gran hombre a quienes le conocen?

En esta pequeña ciudad del oeste español, Salamanca, le consideramos como de la familia; su presencia entre nosotros, en particular para los del Corrillo, es como la del abuelo que gustas tener siempre al lado. Lou es un maestro en todos los sentidos, tanto para la música, como para la vida.

El cariño que sentimos por él se rodea de recuerdos... ser zapatero,

ser músico de niño... Humano como pocos, se deja querer, hace el amor y no la guerra.

Irremediablemente pasan los años, pero Lou, como la vida, cada día, un día más, en cada momento, busca lo nuevo, lo encuentra y lo posee.

Si eres aficionado al jazz y no has tenido la fortuna de escucharle, búscale en los clubes. Cada actuación es una entrega total, siempre distinta, irrepetible, insuperable. Lou es de los músicos que tiene el privilegio de formar un mismo cuerpo con el instrumento que tocan, desde la cabeza a los pies. Pie izquierdo que hace brillar las raíces más profundas. Tricotomía del cuerpo; susurra, gesticula, escucha; arenga a sus músicos y logra el éxtasis en el escenario.

Su técnica es vital: con sus viejos o

novísimos aparatos, de los que conoce todos sus entresijos, o con las limitaciones de su magnífica edad.

De verdad, amigo, ni un minuto de desperdicio.

De la docena de años que lleva actuando en El Corrillo (siempre por mayo y noviembre) os podríamos contar otros detalles, detalles más personales, que quedan reservados y a disposición del biógrafo oficial. ■



SU PASION ES LA NUESTRA

José Ignacio Sánchez de Villapadierna

Ancho y profundo, largo y redondo, tal vez simplemente íntimo digamos en nuestra ignorancia, el círculo de amistades del maestro nunca fue para uno objeto de profanación, vanagloria de solapilla ni medalla, por inmerecida, para que el aprendiz ahorque con ella su torpeza, desahogue su perfidia o cuelgue acaso a ventilar sus propias miserias. Sean pues estas líneas, más que falso testimonio de amistad pretendida y pretenciosa, confesión sencilla y sincera de una admiración secreta, evocación humilde al cabo de los años de la relación *in absentia*, homenaje siempre escaso al hombre respetado, al músico celebrado, al compañero de viaje, de esos viajes que se emprenden –sin maleta ni compañero– una noche cualquiera desde la última mesa cualquiera de un club de jazz.

Ya se han apagado los focos, y sin embargo ahora, no hay duda, hay luces que se encienden, velas que iluminan e incluso queman a quien sabe mirarlas a los ojos, y en ellos se reflejan... como esos refrescos transparentes, alcoholes que un día purificaban, hace ya demasiado tiempo –o tal vez fue ayer–, y hoy ya sólo rajan las entrañas. Pero ahí están las luces, mientras los sueños se despiertan al compás de los sonidos, o a la inversa, quién sabe.

La realidad se concentra y rehúye sus propias contingencias, la noche se resume en un gran agujero negro con los brazos encogidos y los dedos tensos como diez, mil vidas, ríos secos o desbordados, deudores de una laguna donde tal vez jamás ni Aquerontes ni vestigios de nuevas luces hayan existido, barcas camino de la otra orilla, aunque sea del purgatorio. Más por un momento, dos horas siquiera, la paz está con nosotros, anida bajo un sombrero milenario, corre ligera sobre una alfombra de *claquettes* que contrasta con la gravedad de su latido.

Zapatero artesano, bailaor de mareas y océanos sobre una banqueta, alquimia y magia negra sobre la doble dentadura de blanco marfil. Qué fue del alma volcánica de su

Martinica paterna, del eco litúrgico en los cantos baptistas de Maryland, o de aquella primera tuba de resonancias inopinadamente guerreras. East Baltimore perdía a su hija predilecta, la dulce *Lady Day*, y la ciudad entera a su joven zapatero Jean-Louis Benoît. Años más tarde, mayo del 68, el organista ya maduro desborda las noches del histórico Blue Note mientras la ciudad es ocupada por legiones de pedigüños de imposibles que, como ellos, parecían esconderse bajo el pavé y el pavor de los bienpensantes.

Después vendría Madrid, el primer concierto en el San Juan, y veinticinco años de aventuras y desventuras matritenses que le confieren finalmente esa prestancia de castiza hidalguía. En efecto, en la humilde gran talla de Lou –joh, viejo maestro!– cabe todo, y cabe bien. Su historia crece

más a la sombra del árbol de la vida que de la ciencia, aunque en él hagan uno y otro tronco común, y sus ramas se den amablemente la mano.

A ese hombre tranquilo, cuya vida se reúne en dos cuencas como horizontes bañados por unos ojos de crepusculares soles, quede dedicado todo aquello que estas líneas no sabrían expresar. Es tiempo –los focos vuelven a encenderse– de volver a la guarida, y recordar con Kierkegaard que “quien se pierde por su pasión, pierde menos que quien pierde su pasión”. La suya es el jazz, él es la nuestra. ■

UN VALOR SEGURO

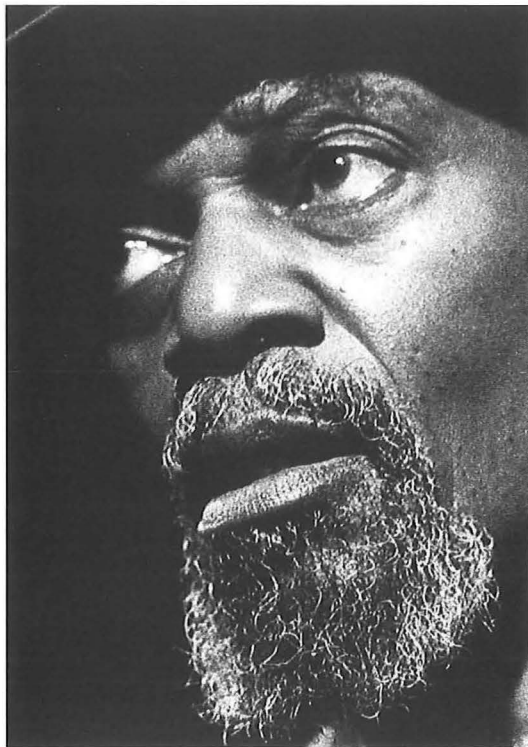
Jesús Moreno

Como para tantos aficionados, Lou es una de las referencias de mi iniciación jazzística. No hacía mucho que había fallecido “aquél” y una creciente actividad cultural, a la sombra de la transición, se abría paso en lo que hasta entonces había sido el típico triste páramo cultural provinciano. Lou, en lo que sería una de las primeras ocasiones de escuchar jazz en directo, participaba en una gira demostración patrocinada por Hammond, y lo hacía además acompañado de un histórico irreducible: Peer Wyboris.

Jipis tardíos, la afición musical *underground* local, la progresía amén de los curiosos y despistados; algunos papás dispuestos a firmar el cheque y comprarle a la niña uno de esos artilugios –lo que conllevaba las clases de piano y que la niña paseara por la ciudad los libros de ejercicios. Como ocurre ahora con ciertas movidas institucionales o las estupideces recomendadas por las radiofórmulas, aquello fue un acto social al que la mayoría tuvo que ir para estar al día.

Hace unos meses, Lou regresó para participar en la programación regular de un pequeño local. Ni qué

decir que en esta ocasión, como en alguna otra anterior, la cosa discurrió por los cauces de lo predecible y atrajo a la afición y los habituales del sarao; pero como decía la canción, “sorpresas te da la vida”. Alguien, que ya lo había visto décadas atrás en alguno de esos reductos históricos del jazz patrio, se quejaba de lo previsible de la actuación, de su falta de marcha y riesgo... Y supongo que de forma nada casual se dirigía a mí –acérrimo defensor de formas libres y vanguardias variopintas– Creo que no hice nada porque comprendiera “que si la historia”, “que si la tradición”... No hay nada como saber en cada momento por qué algunos están y otros no en un determinado lugar. Yo lo pasé, otra vez más, bien. Lógicamente no me sorprendió, pero en absoluto me defraudó. ¿Acaso no es un valor seguro? ■



LORD BENNETT EL ARISTOCRATA ACCESIBLE

Javier de Cambra

Era un primer encuentro y el entrevistado no parece muy interesado por mis preguntas, hasta que a una de ellas responde: “-Si Billie Holiday se hubiera quedado en Europa, no hubiera muerto entonces, ni en la forma en que murió-”. Hablaba con Mal Waldron de los *americanos en Europa*, de cómo los aficionados británicos habían intentado que *Lady Day* permaneciera en Inglaterra y de cómo Kenny Clarke propuso a Charlie Parker residir en París. *Bird* y *Lady* regresaron y murieron terriblemente pronto y también Lester y Bud volvieron, tan sólo para morir. Pero un buen número de músicos americanos se establecieron en Europa para beneficio de la comunidad jazzística de este continente. Así desde Sidney Bechet, Dexter Gordon y Ben Webster, Mal Waldron, Johnny Griffin, Don Byas, Phill Woods, George Russell, Art Farmer... En París, y en el Blue Note como consulado del jazz, se estableció un hombre que había contribuido decisivamente a que nuestra música cambiara para siempre: Kenny Clarke. Y allí constituyó su trío con el guitarrista Jimmy Gourley y un mago del órgano Hammond, vástago del tronco central de la música negra, con sus polos en el canto de la iglesia y el pagano, obscuro y celebrativo (hasta de la tristeza) *old dirty blues*: el brujo, así llamado por la afición del país vecino, Lou Bennett.

No bastó más que decir *Amén* para que éste fuera su *hit* en toda Europa, sintonía de la casa en la radio del jazz y anzuelo de adeptos a esta música. El organista había hecho la *mili* con Lester Young y Jo Jones, y en Nueva York su base de operaciones era el Minton's. En el Blue Note, Lou Bennett fue protagonista de decenas de increíbles batallas musicales en el campo del honor de la jam session y de barrabasadas y escenas que (y sin duda, el lector conoce) alimentaron el guión, de la película *'Round Midnight*. Bennett también conoció bien a Bud Powell y a Bricktop (*Buttercup* en *'Round Midnight*), por verdadero nombre: Ada Beatrice Queen Victoria Louise Virginia Smith, lo cual nos hace entender mejor su carácter de ella.

Es dos años después de su llegada a París, en 1962, cuando acude por primera vez a estas tierras, a Barcelona, al Jamboree, hoy felizmente reabierto. Y desde entonces hasta hoy parece que somos muchos los que sospechamos que Lou Bennett ha sido precipitador, confirmador y continuo alimentador de aficiones al jazz del género incurable. Creo que ciertamente así lo revela el conjunto de trabajos que aquí se presentan.

En cada uno de ellos se explicita lo que ha supuesto Lou Bennett para tantos de tantos sitios, de cada ciudad o villa española que cuenta con clubes de jazz; allí ha estado Lou Bennett. en lo que a mí respecta, corría 1972, un año en el que tantas cosas sucedían por primera vez, cuando tuve

mis primeras oportunidades de escuchar a Lou Bennett en el Whisky Jazz de Madrid (Diego de León, hoy convertido en otra cosa), con Jimmy Gourley y creo que con Billy Brooks, pero atestigüé que su concierto en la Universidad Autónoma de Madrid fue algo extraordinario, como llevar la fiesta íntima del jazz a una vasca asamblearia y eufórica por tres semanas en huelga, ya se ve que era gente que estábamos por la sociedad sin clases, y a los diecisiete años pasa que vas con la chica y el amigo y te bebes una botella de vodka a medias con el amigo y aprendes que si el otro se cae primero, tu te espabilas muchísimo, pero el colega... así fueron las cosas, esperó justo al término del concierto para desplomarse sobre el suelo. Aquella música nos tenía en pie a todos y bastó que cesara para que más de uno aterrizase.

Verá el lector que bien joven comprobé lo peligroso que puede resultar quedarse sin la música de Lou Bennett y

desde entonces hasta hoy he mantenido la observancia, con magníficos resultados; y confieso que si algunas vez caí al suelo, fue bebiendo un *cocktail* que lleva por nombre Lou Bennett que recomiendo, en dosis moderadas, allí donde se hace en Salamanca en el Corrillo, ahora en nueva sede, donde Lou Bennett celebra sus cumpleaños.

Allí se espera a todo el mundo. Desde entonces hasta hoy, pude escuchar a Lou Bennett allí en Salamanca, y en Madrid, Barcelona, Málaga, Almería, Albacete, en el estudio de grabación, en la carretera de madrugada, en su casa y en la mía. Pendiente tenemos seguir con el trabajo de su autobiografía. Allí encontrará el lector al único e insoslayable Lou Bennett, su comprensión del mundo y del eslabón de los maestros, de la sabiduría de la abuela a los consejos de Kenny Clarke, de sus partidas de cartas con los pescadores de Cambrils (y de más de una con pecadores de cualquier lugar), y, si me apuráis, creo que hasta podremos conocer su única receta de langostinos con miel y sus chistes más terriblemente verdes. Lou empieza el relato de su vida: “Yo no fui niño mucho tiempo”, y el lector podrá reconocerlo y concluir que así lleva ya setenta años siendo joven, la permanente juventud del creador, del artista.

Thank You, Pops. ■

